



E. FRIEZ:

D E P A R I S

"Las Bañistas"

LA PINTURA N U E V A

El movimiento actual de la pintura francesa es asunto complejo y embrollado, difícil de seguir y más difícil aún de estimar debidamente. Algunos críticos extranjeros que lo han considerado de manera superficial, han llegado a decir que los pintores jóvenes son todos locos o místificadores. Sin embargo, si ahondamos la cuestión, veremos que la pintura nueva sigue un desarrollo lógico y, generalmente, loable.

El impresionismo, que aportó las conquistas de la luz y del aire libre, llevado por su afán de traducir la sensación y por su negligencia de la forma, cayó en la impresión caótica y en la insignificancia inherente a la falta de composición. Por otra parte, la pintura tradicional, falseada por el espíritu de academia, había caído ya en la pompa vana y en la minuciosidad pueril. Dos grandes artistas modernos iniciaron la reacción fatal y saludable: Cezane, Gauguin; el primero aplicándose a obtener la solidez, el volumen, la construcción; el segundo dándose a buscar la simplicidad, la ingenuidad, la vida esencial, eterna. Al mismo tiempo, el holandés Van Gogh revelaba la potencia del arte "voluntario" y Maurice Denis restauraba el encanto de la pintura primitiva.

Seguendo a estos maestros, los nuevos pintores se han dedicado con tesón a construir concienzudamente y a devolver a la obra la intención ideal, retornando así a la tradición, pero se han dado también, con no menos ahínco, a la búsqueda extremada del volumen y al anhelo febril de lo singular, de lo inédito, de lo "no hecho". Entre ellos pueden distin-

guirse dos tendencias: la de los neompressionistas, que fieles al color y a la luz, se aplican a interpretar lo natural y la de los constructores, que no buscando más que la forma, componen según una transposición

violenta y voluntaria. De la exageración de esta tendencia ha nacido el cubismo, que se contenta con combinar los volúmenes fragmentariamente, en simples figuras geométricas, llegando a un arte puramente decorativo, inadecuado para el paisaje y más aun para el retrato. Sin duda, tales tendencias no aparecen en todos los artistas bien deslindadas y como ambas concuerdan en los designios primordiales, la nueva pintura ofrece los caracteres comunes de un verdadero movimiento. El excelente crítico A. Scheneberger que ha escrito sobre el Salón de Otoño en "Le Monde Nouveau" y en "La Revue de l'Epoque", ha definido estos caracteres, diciendo que la pintura nueva es "arte de síntesis más que de análisis, arte de concentración más que de desparrame y desde el punto de vista psicológico, arte de fuerza más que de gracia, arte de voluntad más que de inspiración..."

En el último Salón de Otoño (salón que es la mejor exposición del arte actual) las nuevas corrientes pictóricas aparecían muy bien representadas. Casi todos los maestros del instante exponían obras dignas de toda consideración.

Jules Flamdrin, pintor ya famoso, que se distingue por el vigor de la construcción a la vez que por el gusto de la luz y el color, exhibía varios cuadros muy bellos; dos de asunto antiguo, rejuvenecido: **Bucólica, Venus y el**

Amo; y dos modernos: **Flores de Italia, El Chal Azul.** Son figuras o grupos al aire libre, sólidos, de tonalidades suaves y como empolvados de claridad: obras vigorosas y de un efecto encantador.

Charles Guerin, artista exquisito, que sobresale en la armonía de los tonos y en la expresión de las fisonomías, no mostraba más que un cuadro, pero un cuadro que permitía apreciarlo justamente. Una figura de mujer rumbosa y muy expresiva, que es un acorde de colores delicioso: el rubio del cabello y los rojos y anaranjados del vestido armonizan soberbiamente con los grises y los azules bruscos del fondo.

Félix Vallotton que es, ante todo, un diluyente exímio, nos hacía ver tres bellas obras: dos desnudos y una naturaleza muerta, de excelente construcción aunque de coloración algo seca: había que admirar en ellas la perfección del trazo y la fineza escogida de los detalles.

De André Sureda, que se dedica a pintar escenas orientales con tanta conciencia cuanto gusto, encontramos dos grupos de mujeres argelinas, uno de los cuales, **Mujeres moriscas de la Casbah**, es una obra llena de carácter y de encanto lejano: las fisonomías expresan muy bien la laxitud o la embriaguez de la voluptuosidad oriental, y no obstante, el conjunto carece algo de animación, a causa, en mi opinión, de la luz uniforme, de taller, no de aire libre como el asunto lo requiere.

Van Dongen, colorista suntuoso, pero que adolece de la fugacidad y la tendencia a lo inacabado, del impresionismo, mostraba varios retratos de damas que lo redimían de su prurito de desconcertar, sino de su afán de imitar a Beldini. Dos, sobre todo, son obras realmente hermosas: Una figura de construcción acabada, en traje suntuoso, de negros finos, transparentes, que valen por los más ricos tonos prismáticos, y otra sobre fondo obscuro, muy expresiva, en que no hay que tachar más que el intento pueril de fijar la irradiación de los anillos.

Los artistas de la generación que anda en los cuarenta años, exponían asimismo, trabajos considerables. Jean Marchand, pintor sobrio y concienzudo, exhibía una de las mejores obras de esta exposición: una joven madre amamantando a su hijo, composición llena de vigor y de emoción, muy bien construida y sobriamente pintada a rasgos sintéticos y en tonos graves: negros, grises, blancos, delicadamente acordados. Ofrecía además, dos rincones de Montmartre, sólidos y sugestivos, en que sin embargo, abusaba, a mi parecer, de los negros.

Maurice Asselin, amante de la luz y de las escenas emotivas, presentaba un gran cuadro, **La Merienda de Etiaury**, loable por la expresión de dulzura íntima y por el feliz efecto de luz. Los otros cuadros que exponía, como el de la anciana que enseña a coser a una niña, se distinguían también por cualidades semejantes.

Emile Friez, artista vigoroso e inquieto, que ha ido desde la

manera impresionista hasta las más exageradas tentativas, exponía varias marinas o simplemente grupos con fondo de mar, en que se mostraba muy dueño de sus medios y, sobre todo, de sí mismo. Su cuadro de **Bañistas**, que era uno de los más interesantes de aquel salón, se distinguía tanto por el notable relieve de las figuras, cuanto por la armonía y el equilibrio de la composición; su escasez de color no es más que el resultado de la disciplina austera que el artista se impone por el momento.

Prolijo y místico, Marcel Lenoir, que busca sus inspiraciones en los maestros primitivos o antiguos, mostraba varias composiciones al fresco, género de pintura al cual se dedica con fervor, de dibujo acabado y sugestión penetrante: una **Flagelación de Cristo**, ingenua y dolorosa, duplicada de un entierro del mismo, maravilloso, y dos escenas antiguas: **La Alegría de Vivir**, armoniosas y bien movidas. Sus dos figuras al óleo bien modeladas, presentaban un colorido algo triste; eran sin embargo, interesantes, como todo lo que hace este artista sabio y delicado, que espero poder presentar en artículo especial.

De Gastón Balande, que se distingue por la tonalidad clara en que las notas de color hacen efectos de manchas de acuarela, vimos una especie de bucólica, **La Fuente**, desnudos vibrantes en: follajes, y otros cuadros menores, **Mi Jardín, La margen del Bandiat**, etc., llenos de aire y nostálgico encanto.

André Leveillé, que se acerca al cubismo, sin renunciar a la interpretación de la realidad, exhibía un **Cordelero**, un paisaje y, sobre todo, una **Familia de ciegos**, de rasgos algo geométricos, pero de un color si bien sombrío, rico y limpio: obras muy agradables.

André Favory, artista vigoroso e inquieto, que busca sobre todo la solidez, nos mostraba un gran cuadro, **Mediodía de campo**, y una naturaleza muerta, obras de coloración algo pesada, pero de notable relieve.

De Jules-Emile Zingg, que gusta de las mazzas rectangulares y del color violento, hallamos varias composiciones de faenas campesinas, extrañas, pero de plausible efecto decorativo.

Tristán Klinsor, el conocido poeta que es también un pintor delicado, nos hacía ver dos retratos femeninos, muy bien caracterizados, y tres paisajes otoñales de dibujo excelente y de honda emoción. Klinsor prosigue además su obra de poeta: acaba de darnos un nuevo libro de poemas, **Humoresques**, llenos de sabor autóctono, tradicional, vertido en estrofas libres acordadas con tacto exquisito, cosa no común entre los versolibristas franceses.

No olvidaremos a Valdo-Barbey, artista fuerte y concienzudo, que nos ofrecía una sólida figura de bañista, ni a Madame Van Bever, que presentaba dos pasteles muy bellos.



CHARLES GUERIN: Figura de mujer